

PIERRE BOURDIEU, *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama, 2000

En su libro, *La dominación masculina*, Pierre Bourdieu denuncia la persistencia de valores androcéntricos que perpetúan la subordinación femenina. Lejos de mantener una concepción triunfalista con respecto a los logros alcanzados por los movimientos feministas, señala la necesidad de insistir en que tales logros no son más que espejismos o cambios superficiales que no deben apartar nuestra vista del gran problema de base, esto es, una sociedad patriarcal que se transmite de una generación a otra modificando su forma pero jamás su contenido.

Este juicio, ajeno al júbilo propio de quienes celebran el siglo de las mujeres, responde a los procesos de deshistorización, eternización y, consecuentemente, de naturalización, que el autor achaca a las instituciones como la Familia, la Iglesia, el Estado o la Escuela. En efecto, Bourdieu señala la situación particular de discriminación de la mujer en la Historia como el producto de una supuesta inferioridad natural fruto, a su vez, del proceso de deshistorización que ha sufrido la división sexual.

¿Cómo derrocar, entonces, la dominación masculina? Si ésta, como parece, es consecuencia directa de la violencia que, tras ser arrojada fuera del contexto de la Historia e introducida en el determinismo de lo natural, pasa de ser explícita a ser implícita y, por lo tanto, simbólica, la respuesta está en devolver protagonismo a la acción histórica que ha generado la relación entre los sexos negada por las visiones naturalista y esencialista —ya sean biologicistas y/o psicoanalíticas—. O, en otras palabras, en volver a historicizar la división sexual. Pero hacer esto supone algo más que organizar manifestaciones y propuestas; supone recurrir a unas «armas simbólicas», o dotadas de los mecanismos simbólicos, tácitos e implícitos, de los que la división entre los sexos se alimenta. No obstante, frente a aquellos y aquellas que, desde posiciones deconstructivistas, niegan el poder moldeador del género, Bourdieu los ataca por su ingenuidad política. En concreto, refiriéndose a la tesis de Judith Butler, quien sostiene que el género es una actuación, una representación teatral, comenta:

«*happenings* discursivos [...] sobre rupturas heroicas de la rutina cotidiana, como los *paradigmatic performances* [...] que exigen un resultado demasiado pequeño y demasiado inseguro».

Bourdieu se plantea que semejante intento por derrocar la dominación no contaría con otros modos de pensamiento que no fueran el producto de la dominación misma. Estamos conformados por esa dominación que respira en las rutinas institucionales y en los esquemas de apreciación de la realidad que compartimos, esquemas que desvalorizan todo lo relativo a las mujeres mientras que confieren autoridad y credibilidad a todo lo masculino. Estamos inmersos en el juego, con lo que es difícil objetivar la situación de dominación. A este respecto, la estrategia metodológica del sociólogo francés es la de extrañarse al llevar a cabo un análisis etnográfico de una sociedad concreta y organizada conforme al principio androcéntrico como es la sociedad cabileña sita en Argelia. Veamos qué saca Bourdieu de esta maniobra de distanciamiento social que tiene por objetivo el volver a nuestra propia sociedad con algo más de distancia reflexiva.

1. RODEO POR LO EXTRAÑO PARA ATISBAR LO PROPIO

La sociedad cabileña es dualista; en ella todo se encuentra dividido en función de la oposición binaria femenino / masculino. Tanto en los cuerpos como en las hábitos se reflejan esas divisiones que «funcionan como esquemas de percepciones de pensamiento y de acción». La diferencia biológica o diferencia sexual funciona como justificación natural de la diferencia social, sobre todo de la división sexual del trabajo. La mujer simboliza la parte subordinada, mientras que el hombre simboliza la parte dominante, y todo ello es percibido como algo natural. Relaciones, como la de la erección fálica con el vientre de la mujer embarazada, conllevan una carga simbólica que otorga al esperma, asociado con la leche, el principio de vida, quedando el vientre femenino como mero depositario o cuenca que almacena dicho principio de vida creado por el hombre —nada muy diferente a lo que ya barruntaba Aristóteles—. Esquemas como éste,

resultado de la dominación, se encuentran en el interior mismo de los actos de conocimiento de hombres y mujeres teniendo, como consecuencia, los primeros una visión positiva de su sexo, y las segundas, por el contrario, una visión negativa del mismo.

El cuerpo es así el producto de un trabajo social de construcción; el mundo físico se encuentra simbólicamente estructurado: los unos arriba, las otras abajo, los unos lo lleno, las otras lo vacío, etc. Por el lado de lo femenino, la vagina aparece como fetiche, sagrado, secreto y tabú. El gesto o la palabra de la mujer expresan pasividad y sometimiento. Por el lado de lo masculino tenemos que diferenciar entre la parte delantera, frontal o parte pública, donde quedan vinculados el falo y el *logos* (donde el hombre tiene el monopolio de la palabra); y la parte trasera, asociada a una sexualidad indiferenciada y potencialmente femenina, sometida (ligada a la homosexualidad).

Por supuesto existe un mito originario que permite a los cabileños legitimar la dominación masculina al relacionar, por una parte, mujer con naturaleza y, por otra parte, hombre y cultura. El mismo mito que, a través del acto sexual, reduce la identidad femenina a lo no masculino y, así, al polo subordinado.

La violación del cuerpo femenino se realiza a través de toda una serie de imposiciones sociales que hacen que la mujer aprenda una manera subordinada de comportarse con su cuerpo (cabezabajo, sonriente, silenciosa...) a la vez que se le atribuyan tareas consideradas socialmente bajas y mezquinas. El mismo movimiento de su cuerpo, las posturas corporales, conllevan en sí mismas una ética, una política y una cosmología, una significación moral, dice Bourdieu, que se traduce en invisibilización.

La tan denostada relación entre mujer y mal viene a ser, entonces, confirmada por ellas mismas debido a las estrategias que han de desarrollar para defenderse frente a la violencia masculina dual, física y simbólica.

Pero no hay magia, astucia o mentira que consigan frenar la violencia simbólica que es ejercida sobre sus cuerpos al margen de toda coacción física, esto es, de una manera invisible e insidiosa. No hay posibilidad alguna de ven-

cer esa violencia simbólica únicamente desde la conciencia, pues sus raíces no se encuentran en ésta, no son conscientes, sino que se hallan fuertemente ancladas bajo la forma de disposiciones y hábitos. Además, las mujeres aparecen como símbolos cuyo sentido es constituido al margen de ellas para perpetuar el capital simbólico de los hombres, a quienes les toca ser los dueños de la producción. Así las cosas, la mujer es el objeto de intercambio, tal como ya había visto Lévi-Strauss, y el matrimonio la perpetuación del patriarcado. Sin embargo, no por ser el polo dominante se encuentran los hombres en un estado de dicha plena; la misma virilidad que les otorga poder exige de ellos un «estar a la altura» en la esfera pública. Cualquier signo de debilidad implica una pérdida de identidad, la exclusión de su privilegiado grupo de pertenencia. Aparece aquí el miedo a la mujer a la vez que el miedo a sí mismos.

En las expectativas colectivas inscritas de manera implícita en el mismo seno familiar «bajo la forma de oposición entre el universo público, masculino, y los mundos privados, femeninos», se alecciona a las mujeres utilizando la lógica de la «vocación» como medio de hacer que ellas realicen las tareas subordinadas de forma, no sólo voluntaria, sino también «dichosa», bajo la actitud paternalista de sus jefes masculinos. Tanto en la actitud, como en el peinado o el comportamiento, las mujeres reflejan el signo de su diferencia negativa con respecto a los hombres. Por medio de la violencia simbólica en un nivel inconsciente, se expulsa a las mujeres de las posiciones de autoridad reduciendo sus reivindicaciones a meros caprichos o a sus mismas características corporales feminizadas. Las mismas tareas se convierten en nobles o triviales dependiendo del sexo de aquellos que las realizan.

En un momento dado, Bourdieu engloba a ellos, los cabileños, y a nosotros, los occidentales modernos, en el mismo saco. Por ejemplo, dice que ante una estructuración social semejante, la mujer independiente, aquella que deja de existir únicamente para el otro, es discriminada y atacada. Aquellas mujeres que se afirman en una independencia intelectual, las deportistas, etc., son tachadas de no femeninas, incluso de lesbianas, grupo éste al que repudian.



2. CRÍTICAS Y PROPUESTAS

Atendamos, pues, a cómo nuestra sociedad perpetúa la dominación masculina. La literatura dará el relevo a la mirada antropológica. Bourdieu hace un pequeño recorrido por la obra de Virginia Wolf, *Al faro*, rescatando de ella esa mecánica de separación entre lo femenino subordinado y lo masculino dominante. Ellos realizan juegos serios, como la política y la guerra, mientras que ellas permanecen como frívolas espectadoras. Su labor queda reducida a la protección del niño, el anciano y el hombre. Ejercen un papel fundamental como es el de apoyar incondicionalmente, desde su enorme capacidad de comprensión, al hombre jugador.

La dominación masculina se realiza así de forma permanente. Bourdieu señala que ante esto el feminismo ha de penetrar en ese trabajo constante de aseguración de la perennidad de la primacía masculina; investigar las instituciones de la Familia, la Iglesia, el Estado, la Escuela, etc., para sacar a la luz el trabajo histórico de deshistorización que hace ver como eterna y natural la subordinación masculina. A esta luz, considera no válidos tanto el feminismo universalista como el diferencialista por entender que ignoran el efecto de dominación.

Bourdieu insiste en que los cambios visibles, como el que la dominación masculina haya dejado de ser percibida como obvia, ocultan las diferencias reales persistentes. Se mantiene la estructura de las separaciones y se siguen asignando los puestos más nobles a los hombres, dejando a las mujeres tareas menos prestigiosas y más prácticas. Ello por no hablar de que son las mujeres las más afectadas por el paro y el trabajo a tiempo parcial y que en muchos casos reciben un sueldo menor que su compañero masculino por realizar el mismo trabajo. El simple hecho de ser mujer comporta un coeficiente simbólico negativo, el nivel cultural, económico, etc., es lo de menos. Ante este análisis el mito del mérito sucumbe.

Una posibilidad de atacar la relación estructural de dominio está, según el autor, en la capacidad del amor que, desligado de esa invención histórica de «amor puro» que exige imposibles, permita el «reconocimiento mutuo». El amor debe ser reinventado como «un estado de fusión y comunicación», de entrega al otro, sin que tenga lugar la pérdida de uno mismo, y, por lo tanto, donde la intención de dominio se abandone.

Finalmente, Bourdieu resalta la importancia del movimiento de gays y lesbianas en tanto que ponen en evidencia y cuestionan el orden social androcéntrico vigente que trata de negar su existencia pública y visible. Los homosexuales sufren una forma especial de violencia simbólica. La homosexualidad, a diferencia del color de la piel o de la feminidad, puede permanecer oculta. Abolir esta forma especial de violencia simbólica supone, para el autor, la necesidad de que estos grupos, antes que limitarse a reivindicar el estatuto de gay o de lesbiana, reivindiquen que podría conllevar el peligro de la «guetización», realicen un trabajo de construcción y de «construcción simbólica» que imponga unas categorías de percepción y de apreciación completamente nuevas. De esta forma, podrían erigirse en un grupo o, como él mismo señala: «más radicalmente, destruir el principio de división que produce tanto los grupos estigmatizados como los estigmatizados».

Ante la perspectiva de que el poner sobre la mesa el orden social pueda conllevar el riesgo de justificarlo, Bourdieu sigue adelante. Confía en que, a pesar de que no podamos desligarnos de la misma sociedad que criticamos, sea posible una «extinción progresiva de la dominación masculina» mediante una acción política que tenga en cuenta todos los efectos de dominación anclados en la estructura social.

LUCÍA ACOSTA MARTÍN
Centro de Estudios de la Mujer
Universidad de La Laguna